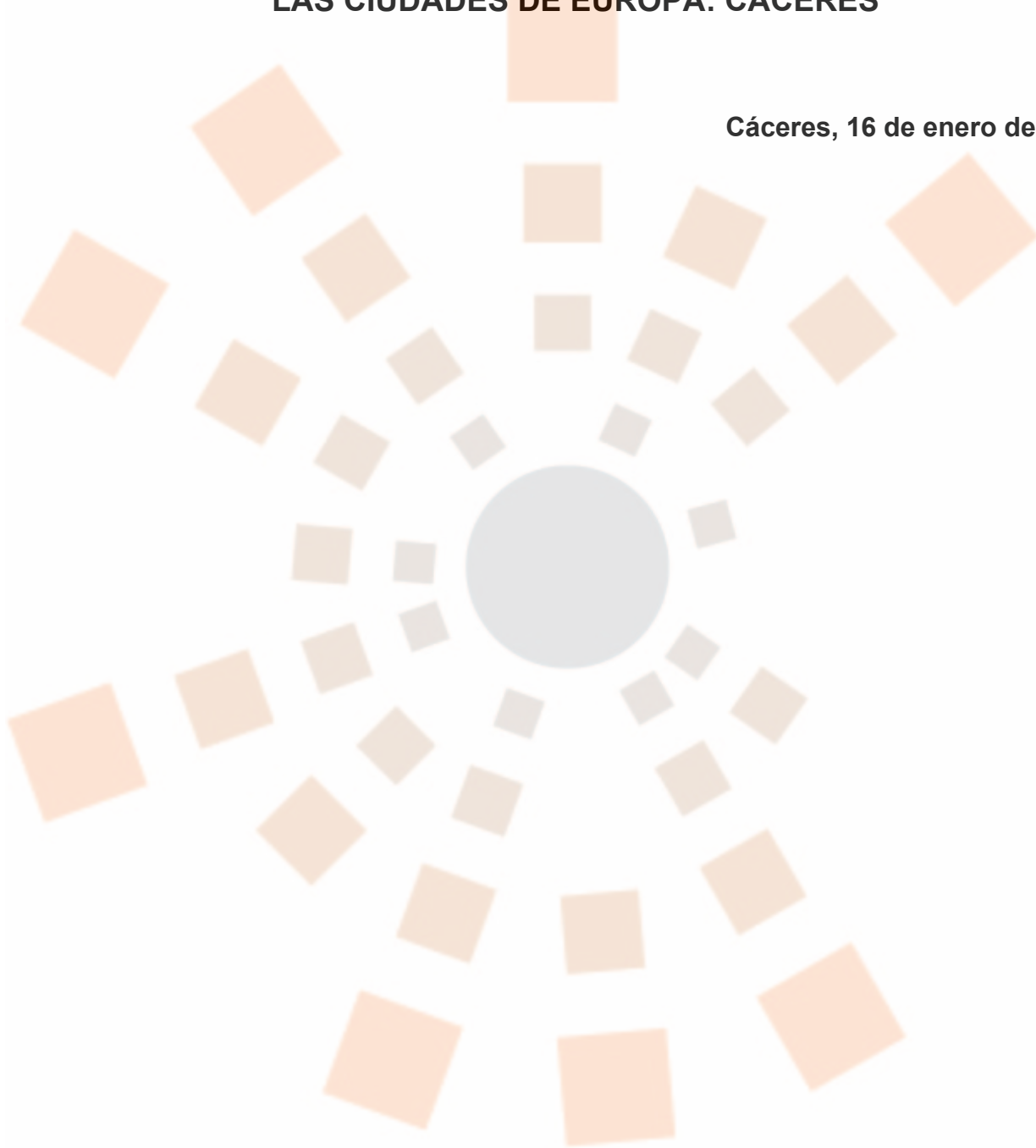


**INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE
CLAUSURA DEL CONGRESO INTERNACIONAL “EL ESPÍRITU DE
LAS CIUDADES DE EUROPA: CÁCERES”**

Cáceres, 16 de enero de 2004



INTERVENCIÓN DEL EXCMO. SR. PRESIDENTE EN EL ACTO DE CLAUSURA DEL CONGRESO INTERNACIONAL “EL ESPÍRITU DE LAS CIUDADES DE EUROPA: CÁCERES”

Cáceres, 16 de enero de 2004

Señor Alcalde de Cáceres, señor director de este Congreso, señoras y señores ponentes, señoras y señores, queridos amigos. Al final, el alcalde de Cáceres ha hablado del objetivo inmediato de este Congreso, que es potenciar la candidatura de Cáceres como ciudad Capital Cultural Europea. Ése es el objetivo inmediato, y ese objetivo inmediato, yo creo que ha contado con el respaldo de todas las instituciones y de todos los ponentes que han pasado por este Congreso, y estoy seguro que cuenta con el respaldo de muchísima ciudadanía extremeña.

Bien es cierto que algunas voces se levantan, algunas voces críticas se levantan, la última ayer o antesdeayer de algún representante municipal de Izquierda Unida diciendo que Córdoba supera a Cáceres en cuanto a recursos culturales. Lo de recursos es bastante discutible en función de qué se entienda por recurso cultural. Yo más bien creo que tiene mucho que ver que la alcaldesa de Córdoba sea de la misma fuerza política que el que hace la crítica; pero, en fin, en líneas generales todo el mundo apoya que Cáceres pueda cumplir ese papel.

Ahora, lo tenemos ciertamente difícil, señor Alcalde, ciertamente difícil. No por la competencia que pueda tener la ciudad de Cáceres, sino porque los ponentes que han participado y el conferenciante que ha dado la conferencia de clausura nos han ilustrado, y de qué forma, sobre el concepto de ciudad. Pero al mismo tiempo, por lo menos a mí, me han llenado de más dudas de las que tenía cuando empezó el Congreso.

¿Eso es positivo o es negativo? Yo creo que es bastante positivo. He visto estos días, he tenido la información de las cosas que los ponentes han ido diciendo, y ya el colmo ha sido hoy el señor Ramoneda, que al final de su conferencia y con el estilo que le caracteriza de frases concisas, que a mí me provocan por una parte una enorme admiración hacia el personaje; y, por otra parte, una enorme manía. Admiración..., me pasa un poco como con Kundera, ¿eh?, admiración y manía simultáneamente. Admiración por decir en un frase cómo se puede resumir tanto lo que uno piensa, lo que uno piensa fuera de quien lo dice. Y manía por decir, y esto que lo dice tan sencillo, ¿cómo no se me ocurrió a mí antes que a él? Así que, en ese, en ese contexto yo intervengo hoy en la clausura de estas Jornadas.

Yo creo que los alumnos que están aquí, algunos, cuando están en clase y el profesor titubea, siempre piensan en su interior y dicen en su casa: si el profesor ni siquiera se entera, ¿cómo me voy a enterar yo? ¿eh? Cuando algún profesor explica en clase y tiene algún titubeo o no es capaz de explicar claramente, el alumno siempre se defiende diciendo: a ver, si él no lo sabe, ¿cómo lo voy a saber yo? Y llevan toda la razón.

En este caso, yo creo que yo no lo sé, yo no lo sé, y dudo y titubeo porque se han puesto delante de nuestros ojos muchas imágenes respecto a qué es lo que habría que hacer para que Cáceres recoja ya de una forma no inmediata, sino mediata, a medio plazo, el espíritu de las ciudades europeas, que de eso se trata. Recoger el espíritu, es decir, servir de modelo. Y servir de modelo es una cosa ciertamente complicada, que tiene sus ventajas pero tiene, también, enormes inconvenientes. Ventajas porque cuando alguien o algo es modelo, bueno, sirve de guía, sirve de ejemplo, sirve de espejo; pero, al mismo tiempo, también tiene unas enormes limitaciones, las limitaciones que hacen que no se escandalice a aquellos que se han reflejado en el modelo y en el espejo. Es decir, tiene muchas posibilidades la ciudad de desarrollar el concepto para servir de modelo de lo que es el espíritu de las ciudades europeas; y, al mismo tiempo, tiene el inconveniente de que no puede defraudar, no puede defraudar, si el modelo lo consigue, a aquellos que se sienten reflejados en ellos. Y, al mismo tiempo, tiene que tener la capacidad de adaptarse y cambiar para servir de modelo, pero siguiendo siendo reconocida por el ciudadano que vive y habita en Cáceres, porque cualquier cambio que signifique una transformación que te haga irreconocible, es un cambio equivocado. Es decir, uno puede cambiar mucho pero cuando se mira al espejo tiene que saber que es él. Si Cáceres cambiara mucho y no fuera reconocida por los ciudadanos, los que viven aquí y los que pueden venir a visitarnos, entonces, el cambio yo creo que ha sido erróneo, erróneo.

Y esto pasa mucho en las ciudades en estos tiempos. Es decir, si un ciudadano que haya estudiado la historia la Cáceres, que haya visto en Internet, etc., de pronto lo traemos, pero sin decirle que viene a Cáceres, lo cogemos de un avión, lo traemos, o en un tren, y le decimos: ¿dónde está usted? Lo llevamos a cualquier barrio periférico, de los que se han hecho en los últimos tiempos y decimos: ¿dónde está usted? Y dice: pues no lo sé, en Murcia, en Zaragoza, en..., no lo sé, no lo sé. Ahora, si lo llevamos a la parte monumental y le quitamos el antejo y le decimos: ¿dónde está usted? Y mira, dice: en Cáceres, en Cáceres. Es decir, que hay una parte de la ciudad que es reconocible para el de dentro y para el de fuera, y hay otra parte de la ciudad que comienza a ser poco reconocible y que está sometida a las veleidades de la moda, del urbanismo y de la especulación, y ninguna de las tres circunstancias deben animarnos para servir modelo del espíritu de la ciudad europea. La moda porque es efímera, el urbanismo porque, una tarea tan importante como ésta no puede dejarse exclusivamente en manos de urbanistas y arquitectos, sino que ellos deben ser los intérpretes del deseo de la colectividad y, por lo tanto, tenemos una tarea ciertamente compleja y difícil.

Ramoneda decía: la ciudad, el barrio, El Corte Inglés, ¿es un espacio privado o público? Yo puedo responder de varias formas, siempre diciendo privado, pero pongo un ejemplo muy sencillo. Uno va a El Corte Inglés y no se le ocurre encender un pitillo, y si lo enciende, se disculpa inmediatamente ante el dependiente primero que le llama la atención, porque tiene la sensación de que eso es privado. Ahora, uno va a un hospital público y no tiene ningún inconveniente en encender cuantos pitillos

haga falta en los pasillos, al lado de los ascensores, porque tiene la sensación de que ése es un espacio público. Así que, ése es un espacio puramente privado que, además, al ser privado, pues no crea lazos de afectividad, de convivencia entre los ciudadanos, que crean los espacios públicos. Es decir, cuando uno pasa por una ciudad y ve una acera gastada de pasar la gente y lavada y fregada por el vecino o la vecina, ése es un espacio público, donde hay una convivencia. Lo otro son espacios puramente privados donde vive la mayoría de la gente hoy en las grandes ciudades.

Decía el Alcalde que lo teníamos difícil porque teníamos que estar conviviendo con dos concepciones que, en estos momentos, conviven en las sociedades occidentales: la megápolis y el pueblo. Y en el medio estamos nosotros, ciudades de tamaño medio que tenemos que encontrar nuestro espacio para que sirvan de ilustración de las ciudades europeas. La megápolis cada día se convierte en un espacio más inhabitable, más inhabitable. Necesita, necesita de vez en cuando el urbanita, el que vive en la gran ciudad, de vez en cuando necesita de imágenes que le hagan reconfortarse con su forma de vida y que le haga entender que no se vive tan mal porque en otros sitios se vive peor. Y eso explica muchas veces las películas sobre los dramas rurales, etc., que hace que el urbanita se reconforte consigo mismo y no se suicide, no se suicide cuando tiene que salir a las 5,30 de la mañana para llegar a su trabajo a las 9, cuando come malamente en el bar de la esquina, cuando regresa a su casa para llegar dos horas después del trabajo a las 7 de la tarde o las 8, cuando se va a una telepizza a tomarse otro bocadillo con los hijos, si puede, y cuando al final termina viendo Salsa Rosa o alguna cosa, etc. Y esto, esta vida, y además vive en un piso de 60 metros cuadrados que se lo venden a precio de chalet de 300 metros cuadrados en cualquier zona no urbana, sino en cualquier zona rural. Claro, así la gente se suicidaría, pero cuando le muestran imágenes de las zonas rurales donde se vive peor, en las imágenes, y donde al final siempre el joven coge la maleta y se marcha a esa megápolis, la gente sí que puede seguir viviendo esa forma de vida que teóricamente debería provocar mayores contrastes dramáticos y mayores choques dramáticos.

Así que estamos, estamos en el medio. Por una parte la megápolis que está ejerciendo una enorme influencia sobre las zonas rurales, sobre los pueblos. Una enorme influencia. Antes había una separación, antes había..., se veía. Es decir, hoy no sabríamos de estos jóvenes que están aquí, con nosotros, cuáles son de pueblo y cuáles son de ciudad, no lo sabemos. Hace unos años sí, por la forma de vestirse, por la forma de comportarse, por las tradiciones que conservaban, etc. Hoy no, hoy ha habido una influencia tan enorme de la ciudad sobre el pueblo que las costumbres tradicionales que había en esos pueblos han sido eliminadas. Pero, al mismo tiempo, también, ha habido una influencia del pueblo sobre la ciudad, una influencia extraordinaria del pueblo sobre la ciudad. Antes ser de pueblo era sinónimo de pocas luces, y así, cuando alguien le decía: hombre, ¿no entiendes esto? No me seas de pueblo. Te decían no me seas de pueblo, no seas bruto. Hoy no, hoy ser de pueblo, la ciudad ha visto que tiene unas ventajas que se aprovechan incluso en la publicidad. Hoy, para vender pan lo que se dice es: consúmalo porque es de pueblo. O cuando se quiere vender una fabada en lata se dice: esa fabada se está hecha como las del pueblo. Es decir, que hoy el pueblo comienza a adquirir cierto protagonismo y cierta influencia en la ciudad, incluso. Y, de ahí, decía yo que no nos dejemos llevar por la moda porque es efímera. ¿Cuál era el signo mayor de éxito en la vida hace 20 o 30 años o 15? Era vivir en vertical, en la torre que decía Kafka, vivir en vertical, cuanto más alto mejor. Ése era el signo de que a uno le iba bien en la vida pero, poco a poco, hemos ido cambiando y hoy la aspiración de aquella pareja que se casa y que tiene

recursos no es vivir en vertical, es vivir como en el pueblo, en los adosados. ¿Qué es un adosado o un grupo de adosados? Al final, una calle de pueblo, viviendas a un lado y a otro lado de la calle con vecinos, familiares, a una y otra parte. Un zaguán de entrada, una distribución, el piso de arriba, el colmao o el ático que se llama en las ciudades ¿eh?, y un corral detrás. Esto es regresar a la forma de vida de los pueblos. Incluso, las viviendas, las viviendas hace 20, 10 años, 15 años, las vigas eran de acero en las casas, en los pisos, camufladas y tapadas con escayola. Hoy lo que se pretende es que las vigas sean de madera imitando la vivienda del pueblo de nuestros abuelos.

Es decir, que hay una mutua influencia. Nosotros, estamos en el medio, ni somos una megápolis, una gran ciudad, ni somos el pueblo. Del pueblo viene la calidad, la autenticidad. De la ciudad, yo creo que viene la libertad. Los grandes movimientos sociales siempre han sido consecuencia del movimiento urbano.

¿Qué es lo que tendríamos que hacer para servir de ejemplo a las ciudades europeas? Bueno, yo creo que adivinar un poco qué significa el siglo XXI, en el que hemos entrado, ¿qué va a ser el siglo XXI desde el punto de vista del progreso y del desarrollo? Si averiguamos lo que es siglo XXI sabremos cuál es la ciudad que necesitamos para ese siglo XXI. Y el siglo XXI, desde mi punto de vista, el modelo de desarrollo, el éxito del progreso se basa en tres circunstancias: uno, la inteligencia; dos, los servicios y, tres, la calidad de vida. Ése es el siglo XXI, y la ciudad que sea capaz de dar respuesta a la inteligencia, a la calidad y a los servicios, será la ciudad que pueda servir de ejemplo a las ciudades europeas.

Los servicios, lo apuntaba Ramoneda, estamos viviendo una situación que no ha ocurrido nunca en la historia de la humanidad, nunca. En estos momentos estamos entrando en un período donde pasamos los 30 primeros años de nuestra vida formándonos, nunca ocurrió, nunca ocurrió, normalmente uno se formaba, los menos, hasta los 20, 22 años; los más, empezaban a producir a los 11, 12, 13 años. Ahora no. Ahora todos comienzan una formación a los 3 años y terminan su formación a los 30. Eso hace, además, que el joven europeo, que el joven español, que el joven extremeño, comiencen a preguntarse si son útiles y necesarios para esta sociedad, porque no producen a la edad que producían nuestros padres, que producían nuestros abuelos, y al no producir, pueden sentir la sensación de que son elementos no necesarios en la sociedad. Y si sienten la sensación de no necesarios, ocurre lo que decía Ramoneda en la Conferencia con los espacios que ellos se reservan para sí, y eso explica fenómenos como el botellón, etc., que tienen su origen en la pregunta que está en los labios de los jóvenes y que nunca se atreven a hacer a los responsables políticos: yo soy necesario para usted, ¿sí o no? Ésta es la pregunta que el joven tiene que hacer al político y el político le tiene que responder seriamente, seriamente.

Estamos viviendo, por tanto, una etapa donde 30 años formándose, 30 años trabajando y 30 años jubilado. Tanto tiempo jubilado como trabajando no había ocurrido nunca, nunca. Nadie se preocupó nunca por el futuro del jubilado, sencillamente, porque el jubilado, cuando se jubilaba se moría, su destino era morirse rápidamente. Hoy no, hoy un jubilado dura más tiempo vivo, afortunadamente, que trabajando, y eso abre unos espacios, unos espacios en la ciudad y en las posibilidades de progreso y de desarrollo enormes, enormes. Y eso es un debate que hay que hacer para decirles a los urbanitas, a los urbanistas, perdón, a los

arquitectos, qué tipo de ciudad queremos para que dé respuesta a esta nueva eventualidad, 30 años formándose, 30 años trabajando, 30 años jubilado.

En segundo lugar, he dicho que la inteligencia. Ésa es la gran, el gran instrumento de la ciudad del siglo XXI, ésa es la gran ventaja. El inconveniente es que la tiene todo el mundo, no como en la revolución industrial que había determinadas materias primas que estaban donde estaban y había determinadas infraestructuras que estaban donde estaban. La revolución de la sociedad de la información se basa en la inteligencia, ése es el éxito porque todo el mundo la tiene; el inconveniente es que todo el mundo la tiene y, por lo tanto, el que sea capaz de acumular inteligencia y transformarla en producto, ése es el que está triunfando y ése es el que está decidiendo y definiendo qué tipo de ciudad habría que crear para que la inteligencia se desarrolle y se acumule y se transforme en riqueza.

Y, por último, está la calidad, la calidad. Ya lo he dicho al principio de mi intervención, es decir, la megápolis es invivible, en el pueblo hay la calidad, la media ciudad tendría que intentar coger la calidad y la libertad. De la ciudad siempre vino la libertad, los movimientos revolucionarios. Los reformistas siempre surgieron en el espacio urbano. Ésa es nuestra responsabilidad, querido Alcalde, ser el ejemplo de las ciudades de Europa no para poner una tienda y vender productos de los que enriquecernos como consecuencia de un título. La ciudad cultural europea no puede basarse en el hormigón, sólo en el hormigón, hará falta hormigón, pero el hormigón, la mala noticia es, también, que está a disposición de todo aquel que pueda comprarlo e, incluso, el hormigón muchas veces sirve para cerrar ciudades, si no, que se lo pregunten al señor Sharon ¿eh? Tampoco podemos basar una ciudad modelo y ejemplo para el siglo XXI, para las ciudades europeas, en la especulación o en los intereses puramente inmobiliarios y tampoco podemos basarla en la moda. Tenemos que basarla en la libertad, en la calidad, en la inteligencia y en la nueva situación social que se provoca en una sociedad que se pasa 30 años formándose, 30 años trabajando y 30 años jubilados. Éste es el reto. Éste es el reto que tenemos, hemos aprendido en estos días muchísimo, pero nos hemos confundido, como el Dinio éste, que se confunde constantemente.

Así que, en esa confusión yo creo que tiene que salir luz para que seamos capaces de conseguir el objetivo inmediato: Cáceres Capital Cultural pero, al mismo tiempo, un objetivo mediano que estos jóvenes que están hoy aquí puedan vivir en una ciudad donde esté la libertad, la calidad y su inteligencia produzca riqueza, producto para nuestra región. Nada más y muchas gracias.